

Casa del sur

Pesada estaba
La de mi infancia en esta casa
Jaula ordenada que viene del sur
Donde articulé las piezas de los relojes
atrasados.

Algo me dijo que el fantasma de los muros
Que ata esta casa con la sangre
Y que alza las palabras que no faltan
Era una cárcel derramada del deseo.

Yo era la sala, la cocina
Yo era el corredor, el baño
Yo era una pieza, una alcoba
Yo era la entrada sin salida.

Día a día las sombras de la tarde se repetían
La luz profunda, inconfesable
Acariciaba las fisuras del patio y entonces
Regresaba la noche de preguntas.

Yo era como una mata de la casa
Crecí como la yerba abandonada
Aunque mi madre alcanzaba a depositar sus
ojos en los míos
Mientras corría como loca con deberes.

A mi padre apenas lo contemplaba en la
penumbra
Pero un trazo suyo ya era suficiente
Para que aquella mente mía en obra negra
Aprendiera el respeto de los miedos.

¿Cómo explicar ese humm paterno?
Si allí flotaba la ley
Como en un ajedrez de reyes ciegos
Donde, cerradas, se cruzan las pupilas.

Las caricias estaban prohibidas
Tal vez eran asunto de mujeres
Qué se yo
Pero el sueño del alma no alcanzó el centro
de la orilla.

Mis hermanos y hermanas jugaban por la
casa
Se trepaban por las paredes blancas
Naufragando como yo en el laberinto
Infinito del misterio.

Con mis amigos jugaba por las tardes
Por sus pestañas se asomaban las risas del
balcón
Pestañas que fueron telones
De comedias y tragedias parecidas.

Tenía un perro distraído que hacía siestas a
mi lado

Era lo único sobre lo que yo mandaba
Le colgaban las orejas, sacaba la lengua, me
lamía

A veces creo percibir el eco de sus ladridos.
Yo era la tierra, sí, la tierra
Percibía todos los objetos desde abajo
Se veía todo tan grande hasta la abuela
Que cada día se enterraba un poco más.

Lo que más divisaba a mi altura eran los zapatos
Cuyas huellas hacían bulla en mi cabeza
Zapatos extrañados, heridos, vencidos
Como yo.

Los domingos íbamos a misa como gran plato
del día
Las palomas del parque batían los hilos que
sostienen el aire
El follaje del parque tiraba las hojas por el piso
Una lentitud general conspiraba contra todos los
horarios.

Por las noches rezábamos el rosario
En el comedor que tenía un mantel de cuadros
repetidos, infinitos
Las oraciones sucesivas alcanzaban un ritmo
melodioso
Y una odiosa locura mezclaba el mantel con las
plegarias.

Los dioses poblaban los acontecimientos
Ningún suceso acaecía sin un castigo en
raciones
Había una culpa que enlazaba los eventos
Como las líneas que unen las estrellas con sus
datos.

Mi madre en su red preparaba la comida
Nunca supe si por buena ventura o por chantaje
El desayuno anunciaba el almuerzo
Como el destino marcaba mi historia de azares y
de dioses.

El olor de la cocina tampoco me contaba
Las cosas que se decían los mayores
A mis espaldas de niño
En mis narices de humo.

Yo crecí con los sonidos de los otros
Bajo la mirada de las gafas en la mano
Me hice invisible a esas gafas
Aún creo pensar que no soy visto.

Rememoro con claridad que no había casi ruido
El viento del silencio dispersaba la invasión del
espectro

Y un gemido estrangulado
Se anudaba en la piel de los cuerpos palpitantes.

Los mensajes venían en los huesos legados
En el amasijo de células mías o prestadas
Partículas que fueron pasado
Huesos que fueron ceniza.

Nunca entendí aquellos ademanes
Me costaba adaptarme a ese idioma
Edificado de signos, muecas, guiños
Cuando apenas buceaba yo en el castellano.

Todo empeoró cuando aparecieron las palabras
Que eran como esa criatura que devoraba sus
hijos
Yo escuchaba el susurro de las voces ajenas
Que me llegaba con la brisa y con las horas.

Por ejemplo, ¿de qué hablaban mis padres y mis
tíos?
Quizás de las herencias recibidas
De aquellos gestos que nos habitaban
Manzanas no aptas para niños.

No sé quién me estafó ni en qué momento
Ignoro qué cordón no se rompió cuando debía
Quién inventó las formas de la mentira
En aquella casa que era el honor de todo el
barrio.

Será que esos mundos de los adultos
Creados de la nada
Son espejos refundidos
De los juegos de los niños tristes.

Guardo melancolía por mis mayores ausentes
Que por mis venas han dejado sus miserias y
sus días
Sus tumbas navegan por mis mares
Como cuchillos de lágrimas antiguas.

Todavía me asalta el entierro de mi abuelo
Yo iba vestido de negro y sin juguetes
Detrás de un carro lento como un túnel
Mientras los grandes lloraban en el valle.

He esperado mucho tiempo con el aliento
retenido
Para arrastrar hasta estos versos los recuerdos
Y en el recodo anhelante de mi mediodía
La casa vuelve y me habita con sus tejas.

Ahora que la casa se ha quedado sola
Vengo a honrar la pesadez de su memoria
Traducidas, densas
Muertas.